

Ethos y Narración: Re-significando el pasado a través de la enseñanza de la ética en comunidades marcadas por la violencia*

Ethos and Narration: Re-signifying the past through the teaching of ethics in communities marked by violence

Éthos e Narração: Ressignificando o passado por meio do ensino da ética em comunidades marcadas pela violência

José Luis Osorio Ladino¹

¹ Universidad de Antioquia, Colombia. Licenciado en filosofía Universidad de Antioquia, magíster en Gobierno y Políticas Públicas por la Universidad EAFIT, y doctor en Educación por la Universidad de Antioquia. Correo: jluis.osorio@udea.edu.co.  0009-0003-5870-8749.

Citar como:

Osorio Ladino, J. L. (2025). Ethos y Narración: Re-significando el pasado a través de la enseñanza de la ética en comunidades marcadas por la violencia. *Análisis*, 57(107), 150-164.

 <https://doi.org/10.15332/21459169.10254>

Recibido: 12/09/2024

Aceptado: 18/02/2025



Resumen

Este artículo explora la reconstrucción de la memoria y la identidad en la comunidad afectada por el conflicto en el barrio La Sierra, Medellín. La investigación busca comprender cómo la violencia histórica ha moldeado el ethos de la comunidad, afectando su percepción y aspiraciones. A través del análisis de las huellas del pasado y el impacto en la vida cotidiana, se examina la posibilidad de resignificar estos eventos mediante la enseñanza de la ética en la I.E. La Sierra. Como herramienta de resignificación, la narración permite conectar la experiencia personal con el contexto histórico de conflicto. La aproximación hermenéutico-narrativa establece puentes entre el texto y la realidad, ofreciendo una comprensión más profunda de las huellas del conflicto. La

*Este artículo constituye un resultado del proyecto de investigación doctoral: Memoria y enseñanza de la ética: Una comprensión del ethos de la comunidad de la I.E La Sierra. Doctorado en Educación Universidad de Antioquia, Grupo de Investigación: Somos Palabra Formación y contextos. Año 2024.

propuesta pedagógica se centra en utilizar la ética como medio para sanar y reconstruir la memoria colectiva, sugiriendo que el relato y la reflexión ética pueden ser fundamentales para enfrentar y transformar el legado de la violencia en la comunidad.

Palabras clave: ethos, enseñanza de la ética, narración, hermenéutica.

Abstract

This article explores the reconstruction of memory and identity in the community affected by the conflict in the La Sierra neighborhood, Medellín. The research aims to understand how historical violence has shaped the community's ethos, affecting its perceptions and aspirations. Through the analysis of past traces and their impact on daily life, the study examines the possibility of re-signifying these events through ethical education at I.E. La Sierra. As a tool for re-signification, narration connects subjective experiences with the historical context of conflict. The hermeneutic-narrative approach establishes bridges between text and reality, offering a deeper understanding of the conflict's traces. The pedagogical proposal centers on utilizing ethics to heal and reconstruct collective memory, suggesting that narrative and ethical reflection may be essential in addressing and transforming the legacy of violence within the community.

Keywords: ethos, ethics education, narration, hermeneutics

Resumo

Este artigo explora a reconstrução da memória e da identidade na comunidade afetada pelo conflito no bairro La Sierra, em Medellín. A pesquisa busca compreender como a violência histórica moldou o ethos da comunidade, afetando sua percepção e aspirações. A partir da análise dos vestígios do passado e de seu impacto na vida cotidiana, examina-se a possibilidade de ressignificar esses eventos por meio do ensino da ética na Instituição Educacional La Sierra. Como ferramenta de ressignificação, a narração permite conectar a experiência pessoal com o contexto histórico do conflito. A abordagem hermenêutico-narrativa estabelece pontes entre o texto e a realidade, oferecendo uma compreensão mais profunda das marcas deixadas pelo conflito. A proposta pedagógica centra-se na utilização da ética como meio para curar e reconstruir a memória coletiva, sugerindo que o relato e a reflexão ética podem ser fundamentais para enfrentar e transformar o legado da violência na comunidade.

Palavras-chave: ethos, ensino de ética, narração, hermenêutica.

Introducción

La reconstrucción del pasado para aquellos que hemos vivido en carne propia el rigor de la guerra en Colombia, nos conduce siempre a lugares de la memoria que, como dice mi madre, vuelven a doler cuando los transitamos. El abandono de la casa de la infancia, el polvo de los caminos, despedidas que pensamos eran temporales y se volvieron eternas, el silencio y vacío que dejaron en los cuartos y esquinas los que nunca regresaron, los zapatos viejos colgados en cables de luz, símbolos de duelos por aquellos que se fueron, las promesas y sueños que nunca se cumplieron. Siempre una pérdida, un dolor que no se sabe cómo nombrar porque resquebraja el ser desde los más profundo.

Este ejercicio investigativo puede considerarse como una evocación e invocación al pasado, una apuesta por recuperar la memoria y reconstruir comunidad. Veena Dass (1996) en *Language and body: Transactions in the construction of pain* se preguntaba: “¿Qué hizo la brutalidad de la violencia con las experiencias del yo, la comunidad y la nación?” (p. 68). Una pregunta que para los habitantes de La Sierra apenas se comienza a

responder, y que encarna la difícil tarea de hacerle frente a un pasado que no se ha querido ni podido nombrar. Como dice Jelin (2002): “los acontecimientos traumáticos conllevan grietas en la capacidad narrativa, huecos en la memoria” (p. 28). Establecer los efectos que tuvo la violencia en los habitantes del barrio es uno de los propósitos principales de este estudio, ya que comprenderlos nos permitirá conocer el alcance que aún tiene en nuestra concepción y cosmovisión del mundo este “trauma social al punto de convertirse en una cultura grupal, un ethos” (Erikson, 1995, p. 185).

Las huellas de la violencia, según Castillejo (2015) en alusión a la idea de *palimpsesto*, “nos recuerdan la forma que tiene el pasado de instaurarse en el presente” (p. 27). Un presente que para las personas de la comunidad de la I.E. La Sierra se encuentra escindido entre un pasado que no se ha nombrado y un futuro donde los sueños no encuentran lugar ni forma. Este trabajo pretende brindar salidas a las repercusiones que aún tiene la catástrofe social que vivió el barrio entre mediados de los años 80 y finales de la primera década del 2000, y proponer la clase de ética y valores en La I.E La Sierra, principal centro educativo del barrio, como plataforma para la resignificación de los acontecimientos que tuvieron lugar en estos duros años y plantear una propuesta pedagógica que trace la ruta para la recuperación de la memoria y la construcción de un mejor futuro.

La I.E. La Sierra es un colegio ubicado en la comuna 8 de la ciudad de Medellín, en el barrio que lleva su mismo nombre. La historia de esta comunidad ha estado marcada por un ambiente de pobreza, desidia estatal y violencia, producto de su historia como asentamiento irregular (Naranjo & Villa, 1996), y de su papel en el conflicto social y político de la ciudad de Medellín (Mesa *et al.*, 2019; Barboni & Valli, 2017). El proceso de asentamiento que vivió el barrio coincide con un fenómeno social que se presentó en la mayoría de las laderas de la ciudad entre los años cincuenta y setenta, debido al desplazamiento de campesinos por la violencia (Botero, 1994). Posteriormente, en la década de los ochenta, el fenómeno del narcotráfico, sumado a la guerra en los barrios de la ciudad entre la insurgencia y el paramilitarismo por el control territorial (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2017) configuraron un contexto de caótica violencia donde la población civil fue la más afectada. Este fenómeno de violencia se filtró en la vida y la cotidianidad de los habitantes del sector, creando así las condiciones para su evolución en nuevas formas de violencia y, por lo tanto, dinamizando tanto las formas de interacción social como las maneras en que se experimenta la realidad.

La impronta de la guerra en la comunidad se evidencia en el conjunto de creencias, valores y aspiraciones de los estudiantes de la I.E. La Sierra, producto de la lectura que ellos hacen de su realidad, de la que como docente de la asignatura Ética y Valores y conocedor de la problemática de la comunidad (pues nací en el seno de una de las familias fundadoras del barrio) me permitió hablar con propiedad, en particular de la serie de problemas que enfrentan día a día sus jóvenes y habitantes. Con estos antecedentes, vale la pena preguntarse de qué manera y en qué medida su historia, su contexto y sus necesidades han determinado su ideal de vida, su ethos y, cómo la enseñanza de la ética puede contribuir a una comprensión y reconfiguración de este, partiendo del análisis de las disposiciones morales de la comunidad educativa para la construcción de una propuesta pedagógica de enseñanza de la ética en comunidades que han estado sumidas en el conflicto.

Para dar una respuesta a estas preguntas, la investigación se apoya en los aportes de la filosofía, la sociología y la antropología para construir una definición del concepto de *ethos*, con el objetivo de establecer un instrumento teórico que permita analizar a la luz de sus diferentes dimensiones el contexto específico y las posibles conexiones entre diferentes campos de estudio, de modo que se convierta en un saber estratégico (Foucault, 2022) en la investigación. Por otra parte, problematiza la relación entre ethos e identidad, para finalmente explorar el vínculo entre ésta, la narración y la memoria colectiva.

El camino del ethos hacia una herramienta teórica

Acercarnos a un concepto como el ethos en el campo de la investigación pedagógica y, particularmente, en un proyecto que pretende ocuparse de la enseñanza de la ética en una comunidad que ha sido afectada históricamente por la violencia, plantea la necesidad de profundizar en su comprensión, ya que, asimilarlo e incorporarlo a este discurso obliga a pensar el concepto más allá de sus tradicionales ámbitos de dominio, como lo son la filosofía y la sociología¹. Esta necesidad nos impulsa a ahondar en su significado para no caer en el error de confundirlo o parcializarlo:

[...] No se tratará de reencontrar una palabra primera que se hubiera escapado, sino de inquietar las palabras que decimos, de denunciar el pliegue gramatical de nuestras ideas, de disipar los mitos que animan nuestras palabras, de volver a hacer brillante y audible la parte del silencio que todo discurso lleva al enunciarse. (Foucault, 1977 p. 291)

Este inquietar las palabras nos conmina a actualizar los significados clásicos del ethos, trascender las nociones tradicionales de morada y carácter. Reconstruirlo a partir de un enfoque interpretativo que le otorgue nuevos horizontes y lo abra a sentidos más amplios. Concebir la comprensión como un proceso interpretativo permite no solo expandir el concepto, sino enriquecerlo con todo aquello que ha perdido y ganado en el uso a través del tiempo. Simultáneamente, este enfoque permite proyectar el ethos hasta el presente, facilitando la comprensión de fenómenos contemporáneos, muchos aún no nombrados ni comprendidos, pero que se encuentran en el amplio espectro de posibilidades que ofrece este concepto para comprender nuevas realidades.

La primera significación del ethos nos remite a ἡθος con eta, que traduce en los textos de Homero y Hesíodo una “morada”, o “guardia”, un lugar en el cual se acostumbra “habitar” ya porque representa un lugar tranquilo y seguro, ya porque en él estamos protegidos de la intemperie. “El sentido de habitar o morar está ciertamente entrañado en el ethos humano: remite a la idea esencial de morada interior” (Gonzalez, 1996, p 10).

Esta condición de lugar familiar, conocido, seguro y que acoge, en el que se acostumbra o habitúa estar, le confirió su segunda acepción, convirtiendo la letra η en ε, transformándose en ἔθος, lo que implicó una transformación semántica y semiótica, pasando a significar hábito o costumbre; en latín, su más cercana traducción según Cicerón era *Mos-Mores*. Así lo afirma Gonzalez (1996):

Este tránsito del concepto de un lugar que se habita y mora a una serie continuada y repetitiva de acciones traslada el concepto de un espacio a una “continuidad temporal (...)” es un modo habitual, continuo de comportarse, de ser en el tiempo; forma de estabilidad y persistencia temporal. (p.10)

En este sentido, el ethos expresa la condición espaciotemporal del hombre.

La noción esencial del ethos es la de carácter, una forma de estar ante el mundo y ante los otros. Este refuerza y materializa la condición “relativa” del hombre en su relación con otros y con el mundo. A su vez, el ethos es obra, esfuerzo continuado, de aquí la importancia de la continuidad temporal, pues el ser humano es padre e hijo de su propio ethos. Así, el ethos es la naturaleza y la libertad. Es la naturaleza humana, clase misma de la ética y misterio que rodea al hombre. Al asumir el ethos como segunda naturaleza, la primera es la physis; asumimos que el ethos se crea a partir de ella, no la niega, la incluye, la contiene.

Ethos, identidades y memoria

Una característica recurrente en las diferentes acepciones y concepciones del ethos está relacionada con el nivel de penetración que éste tenga en el grupo social; es decir, qué tan ampliamente aceptado y extendido se

¹Al respecto, Aristóteles, 2005; Weber, 2011; Geertz, 2003; y Bourdieu, 2002, han indagado desde diferentes disciplinas en el concepto de *ethos*.

encuentra esta cosmovisión en el grueso de la población. Ello nos lleva a reflexionar sobre uno de los aspectos más problemáticos para determinar si podemos hablar del ethos de una colectividad. Esto es, su cohesión en el tiempo y la forma como cada uno de los individuos que la componen asume su identificación con este conjunto de características, bien sean morales, lógicas o estéticas y de qué manera se establece un diálogo de la subjetividad con las demandas del colectivo.

Desde el psicoanálisis se entiende la identificación como un proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre ese modelo. “La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones” (Pontalis, 2004, p. 208). A partir de esta definición, podríamos pensar en una idea de identidad como la asimilación en sí mismo de una propiedad que pertenece a otros. La misma raíz latina de la palabra identidad es *ídem*, que traduce: “mismo, lo mismo, igual que, no distinto del” (Blánquez, 2012, p. 229).

De acuerdo con lo anterior, podríamos pensar que hablar de identidad conlleva la existencia de algo que se repite en cada individuo y que ese algo anida en algún lugar de ellos. De igual forma, que hay algo que nos define, es decir, que eso que somos, permanece y es inalterable. Pensar la identidad como algo que permanece está lejos de una realidad que nosotros mismos encarnamos. Nada permanece, el cambio y la transformación son elementos constantes de nuestra condición humana. Ahora bien, esto no impide, como lo dice Homik (2002): “anunciar audazmente el importante artificio de la identidad” (p. 86). La asunción de esa importancia es su carácter como fuerza diferenciadora de lo otro, de la otredad, lo que nos lleva a comprender al otro como algo que se expresa en su diferencia al *mí mismo*. En consecuencia, “la identidad puede ser erigida con una doble dimensión, bien como un antídoto en contra del interés o instinto individual o como la consumación de una voluntad general” (Homik, 2002, p. 72).

Por ello, no podemos pensar que la identidad es un producto terminado ni una negación de la diferencia, sino más bien, una pregunta sobre cómo vivirla y construirla a través de mi relación con otros. Tal vez una respuesta a esta pregunta se encuentre en las posibilidades que ofrece el relato, como una afirmación de continuidad de lo que somos y de ese *nosotros* al que pertenecemos. La facultad del relato para darle un sentido y ordenar esa sucesión de cambios que es la identidad, lo ubica como una fuerza potente para su enunciación. En él converge todo aquello que somos, que hemos construido, en lo que creemos y soñamos. Esta relación, *identidad-relato-historia*, es bien definida por Stuart Hall (1995), quien sostiene que ninguna identidad cultural se produce de la nada. Se produce a partir de esas experiencias históricas, de esas tradiciones culturales, de esas lenguas perdidas y marginales, de esas experiencias marginadas, de esos pueblos e historias que quedan sin escribir. Esas son las raíces específicas de la identidad.

“La identidad en sí misma no es el redescubrimiento de ellas, sino lo que ellas como recursos culturales permiten producir aun pueblo. La identidad no está en el pasado para encontrarla, sino en el futuro para construirla. (Hall, 1995, p.291).”

La identidad tiene una relación directa con la historia personal y colectiva, pues se afina en tradiciones y lenguajes marginados, pero además y, tal vez, más importante, y en esto coincide con Homik (2002), es que no es un *a priori* ni un producto terminado, sino algo que está por construir. “Y es en esta tarea de su construcción donde encuentra lugar la memoria, como mecanismo cultural que permite fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades” (Jelin, 2002, p. 9).

La memoria es el punto de partida para la formación de la identidad, y por lo tanto del ethos, entendido como un proceso de configuración sociohistórica y cultural, pero inclusive, y aún más determinante, a través de su “referencia a un pasado común, les proporciona a grupos que han sido oprimidos por la violencia y la pobreza sentimientos de autovaloración y mayor confianza [...] en ellos y en los grupos a los que pertenecen”. (Jelin, 2002, p. 10). La identidad es en sí misma narrativa (Ricoeur, 2006), lo que implica una relación directa con el otro, ya que, como lo afirma Bruner (2013), deriva en gran parte de las historias que nos contamos

para juntar esos fragmentos que la componen, constituyendo así un estrecho vínculo entre ethos, identidad, narración y memoria colectiva.

Es precisamente en comunidades que han sido oprimidas, discriminadas y relegadas a lugares geográficos, pero también simbólicos, donde su historia se ha contado desde una narrativa violenta y parcial, silenciando a los seres humanos, sus luchas y relatos alrededor de la construcción de sus utopías, donde la construcción de ese pasado común, esa memoria colectiva, cobra importancia. De acuerdo con Halbwachs (2004), podemos hablar de memoria colectiva cuando “evocamos un hecho que ocupaba un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos planteado o planteamos ahora en el momento en que lo recordamos, desde el punto de vista de este grupo” (p. 36). La memoria colectiva es pues un ejercicio esencialmente comunitario, donde encontramos en los recuerdos compartidos nuestra propia identidad, eso que nos une a otros y que está atravesado por nuestras luchas y dolores.

La relación de una memoria individual y una memoria colectiva es mejor explicada por Ricoeur (1999). Según él, tenemos una identidad que está estrechamente relacionada con la memoria, y una memoria que no es solo individual, sino y principalmente, colectiva. “Esta memoria está inscrita en el relato, en la medida, que cada memoria individual es un punto de la memoria colectiva” (Ricoeur, 1999, p. 18). La empresa que se pretender abordar asume la responsabilidad de recoger una memoria que ha sido olvidada, silenciada y oprimida, la de las historias individuales de quienes vivieron el conflicto, pero también la de quienes levantaron sobre sus hombros la difícil tarea de construir un *barrio* de la nada.

El ethos de la comunidad de la Institución Educativa La Sierra no está solamente relacionado con las consecuencias que tuvo el conflicto como catástrofe social que sufrió la comunidad, sino también con esa historia que antecede el conflicto y en la historia que se ha escrito después de que este dejó sus huellas. El objetivo será, a partir de este pasado retenido en el presente, construir un futuro, y para ello es necesario volver a la educación, cuyo propósito visto desde una perspectiva narrativa, “no será tanto el ‘cambio de la personalidad’, y ni siquiera el ‘cambio de conducta’, sino la transformación de la identidad” (Bárcena & Mèlich, 2000 p. 98). Y es en la educación, como potencia transformadora y movilizadora de la sociedad, donde convergen los senderos de esta búsqueda, y hacia donde pretendemos dirigir ahora la mirada.

Exploración hermenéutica del conflicto: La metáfora como puente entre el texto y la experiencia

La hermenéutica nos aproxima al mundo del texto, guiándonos en el ejercicio interpretativo de los significados presentes en él. Sin embargo, es necesario puntualizar cómo se construye “la intersección entre el mundo del texto y el del lector” (Ricoeur, 2006, pág. 15). O, dicho de otro modo, entre la realidad y el lenguaje. De lo contrario, podríamos caer en el solipsismo de asumir las narrativas como meros objetos, relatos desconectados de la realidad del lector y, en consecuencia, anécdotas que nada dicen o aportan a la comprensión de los fenómenos sociales.

Ricoeur (2000), parafraseando la definición de Aristóteles en la Poética, señala que “la metáfora es la transferencia del nombre usual de una cosa a otra en virtud de su semejanza”. Sin embargo, Ricoeur insiste en que debemos salir del marco de la palabra y elevarnos al plano de la frase hablando de enunciado metafórico y no de metáfora-palabra. Esta invitación amplía la definición de metáfora al nivel de la frase completa, que es donde reside el sentido. Consideremos, por ejemplo, las “lenguas aromáticas” mencionadas en la introducción de este capítulo. Podríamos afirmar que no existe una pertinencia semántica entre el sujeto “lengua” y el predicado “aromático”. Desde la perspectiva de la retórica clásica, esta incompatibilidad semántica representa una ruptura en la relación sujeto-predicado. Sin embargo, para Ricoeur (1980), esta ruptura de la pertinencia semántica permite la creación de una pertinencia figurativa. “Así como el enunciado metafórico alcanza su sentido metafórico sobre las ruinas del sentido literal, también adquiere su referencia sobre las ruinas de lo

que podemos llamar, por simetría, su referencia literal” (p. 299).

Desafiando el uso literal de las palabras, la metáfora extiende sus significados más allá de sus usos convencionales, forzándonos a interpretar las palabras de una manera no literal. Este desafío crea lo que Ricoeur (2000) llama “el efecto de sentido”. Es esta tensión entre el significado literal y el figurado lo que da profundidad y riqueza al enunciado metafórico. De este modo, podemos decir que “las lenguas aromáticas” aluden a voces de diferentes tiempos impregnadas con el olor de estas montañas y estas calles, voces que arrastran en sus pliegues el aroma de estos paisajes.

De la misma manera que el efecto de sentido, según Ricoeur (2000) tensiona el significado literal con el figurado en la frase, el relato establece un paralelismo entre el discurso-frase y el discurso-secuencia. Así, la narración en el aula de clase adquiere la condición de metáfora de la vida. Esta metáfora nos ayuda a comprender fenómenos como la violencia y, al mismo tiempo, la vulnerabilidad que acompaña a todo ser humano en contextos de guerra. Este entretejimiento de la metáfora con la vida constituye la esencia del relato y, al mismo tiempo, exige que la construcción de su trama ponga en escena las condiciones de posibilidad en las que se enmarca la vida, se expande, y la narrativa encuentra su veracidad.

Si, tal como lo afirma Ricoeur (2000, p. 198), “las explicaciones históricas (...) se incorporan en una comprensión narrativa”, podemos afirmar que profundizar en las diferentes formas en que los sujetos y la comunidad de La Sierra han respondido a la violencia ocasionada por el conflicto colombiano puede contribuir a comprender sus acciones y decisiones. Al mismo tiempo, esto puede aportar elementos que nos permitan aproximarnos a conflictos sociales con contextos y actores similares a nivel regional, nacional e internacional.

El fenómeno que se investiga y al cual se dirige la atención no es nuevo. Sin embargo, se aspira a que la perspectiva sobre los espacios, contextos, tramas y acontecimientos sea relevante para el debate actual. Se desea que estos lugares y la manera en que se observan sirvan para que otros dirijan su mirada hacia donde no se ha mirado antes o se ha pasado por alto. Se busca que se detengan y se pregunten qué puede aportar la experiencia individual de cada uno de estos sujetos para ampliar la comprensión sobre el conflicto en los barrios de Medellín, el conflicto colombiano y, en mayor escala, los conflictos en los barrios periféricos de las ciudades latinoamericanas. Como afirma Peshkin (1985):

Cuando revelo lo que he visto, mis resultados invitan a otros investigadores a mirar donde yo lo hice y ver lo que vi. Mis ideas son candidatas para que otros las consideren, no necesariamente como verdad, y mucho menos como La Verdad, sino como posiciones sobre la naturaleza y el significado de un fenómeno que puede adaptarse a su sensibilidad y moldear su pensamiento sobre sus propias investigaciones. (p. 280)

El relato en este contexto permite profundizar en la complejidad que les es propia a estos fenómenos sociales, pero tal vez lo más importante es que permite ampliar la comprensión de estos. Como afirma Ricoeur (2000), “explicar más es comprender mejor” (p. 198). Abordar el fenómeno de la violencia con categorías explicativas que apelan a concepciones de una verdad fruto de la coherencia lógica y de la unificación empírica conlleva desconocer los supuestos filosóficos que subyacen en toda concepción de la verdad. Acercarnos a estos problemas complejos “exige reconsiderar también nuestro concepto convencional de verdad” (Ricoeur, 2000, p. 200).

La riqueza argumentativa del relato subyace en su capacidad de acercarse a la realidad con un lenguaje que se ubica más allá de lo descriptivo o científico, orientándose hacia la construcción de sentido en el enunciado; un sentido que se libera de cuestiones fácticas. Además, en orden a los objetivos de esta investigación, permite acceder a los repertorios morales de los sujetos y a las circunstancias desde donde se ubican y toman sus decisiones. Este tipo de preguntas serían imposibles de responder si nos ubicáramos desde la perspectiva estructuralista (Bourdieu, 2011), donde el concepto de ethos, centro y punto articulador de la investigación se encontraría limitado dentro de grandes estructuras teóricas, restringido a relaciones estructurales subyacentes

y subsidiarias de un determinismo social.

En cambio, el enfoque hermenéutico-narrativo permite explorar el ethos de los sujetos a través del despliegue de la experiencia humana y mostrarnos cómo el sujeto pone en un diálogo permanente los condicionamientos sociales y el espacio abierto de la libertad de decisión que le es inherente. De acuerdo con esto, y como se anticipó en la introducción, es necesario considerar las críticas que plantea la perspectiva estructuralista al enfoque hermenéutico, sopesarlas y precisar hasta qué punto sus apreciaciones son pertinentes o no para el análisis del fenómeno en cuestión. Esto nos permitirá aportar una perspectiva más matizada a la comprensión, identificar posibles limitaciones o sesgos en el enfoque hermenéutico y enriquecer el análisis con una mirada crítica y reflexiva.

Explorando la experiencia humana: Más allá del estructuralismo

La investigación narrativa no pretende establecer reglas generales sobre el comportamiento, menos una matriz de correlaciones donde se establezca que, ante unas condiciones dadas, se espera que el individuo responda de una u otra manera. Por el contrario, esta forma de acercamiento a la experiencia se posiciona desde la particularidad poniendo el foco de atención sobre los acontecimientos que devienen en la vida de los sujetos, tratando de vivirlos, con la dificultad epistemológica que implica, vicariamente, de modo que podamos preguntarnos, ¿qué me enseña esto a mí? ¿Qué puede enseñarle esto que estoy observando a otro docente, investigador, o a otros ser humano? Como lo afirma Connelly, M y Clandinni, J. (1995). “Las historias funcionan como argumentos en los cuales aprendemos algo esencialmente humano, comprendiendo una vida concreta o una comunidad particular tal como están vividas.” (p. 15)

De acuerdo con Bourdieu (2011), el enfoque biográfico narrativo, del cual esta investigación es subsidiaria, es propenso a caer en lo que él llama la “Ilusión Biográfica”, que asume la vida individual y colectiva como una línea unitaria, coherente y cronológicamente lineal. Esta ilusión implica un presupuesto teleológico en el cual todos los acontecimientos y la trama se tejen en función de los objetivos de construcción de sentido del investigador. Sin embargo, esta investigación no pretende inscribir estos relatos en un meta-relato omnicomprendido sobre la historia del barrio La Sierra ni de sus habitantes. Precisamente, se aleja de la idea de un relato totalizante revestido de una secuencia lógica y unificada, como si su propia historia se proyectara bajo una teología que avanza hacia el progreso y la convivencia pacífica. En realidad, el desarrollo de los relatos muestra que, más allá de una secuencia lógica y coherente, su historia parece ser un eterno retorno de lo mismo (Nietzsche, 2003), una guerra que se actualiza constantemente con los mismos personajes y diferentes actores.

Al analizar los relatos construidos y su sintaxis narrativa en general, no es posible establecer a través de ellos una teología hacia futuros más prometedores, donde los participantes y la comunidad en general logren salir del círculo de la violencia. Por el contrario, en el centro del relato persiste la idea del retorno infinito de la violencia, de una guerra que tiene la capacidad de actualizarse conforme cambian las condiciones sociales y políticas. En este sentido, el relato revela una realidad que a menudo desborda las capacidades de respuesta de los sujetos, sin excluir su lucha incansable por revestir de dignidad sus propias vidas. No es un relato que busque situar sus luchas en el pasado y mostrar cómo estas permitieron mejorar sus condiciones, sino uno que destaca cómo la lucha constante e incansable de la comunidad representa en sí misma el triunfo y la manifestación de un *ethos*.

La construcción de sentido en los relatos significa para el biógrafo o narrador el reto de integrar en una línea cronológica acontecimientos que se entrecruzan, yuxtaponen e interrumpen, por lo cual la concreción de esta trama exige la cohesión lógica de estas líneas de tiempo, de modo que le permitan al lector hacer inteligible el relato y los acontecimientos que cada narrador considere importante compartir. Esta concreción de la trama conlleva el riesgo de omitir aspectos que el entrevistado, a la hora de concretar la historia, desea

que se introduzcan. El acto de convertir el relato en narrativa es también el momento de la sedimentación del sentido, y por ello implica el momento de mayor responsabilidad ética y epistemológica en un juego meta narrativo donde se apele a una retroalimentación del sentido del narrador con el sentido del biografiado.

Entretejer una conversación hermenéutica con estos condicionamientos crea obstáculos para ponerse en el lugar del otro (Gadamer, 1999) y adentrarse en un universo incommensurable donde “los sentimientos de los actores sociales, sus heridas morales y todo ese universo que se despliega en la esfera de lo íntimo (configuran) antinomias que parecerían no tener una fórmula fácil de resolución” (Uribe, 2002, p. 17). Este tipo de conversación exige adentrarse con los pies descalzos en la interioridad del otro, para no lastimar con nuestros prejuicios esas heridas y juzgar con la verdad, que en apariencia da la ciencia, universos que están más allá de lo que creemos es bueno, justo, limpio y deseable (Uribe, 2002). Es establecer un proceso dialéctico en el que tanto la disposición del que habla como de quien escucha busca la sintonía, con el propósito de construir en el horizonte de dicho diálogo el “des ocultamiento”, *Aletheia* (Heidegger, 1997), una verdad que no se da a causa de nosotros sino través de nosotros, que nos atraviesa en un sentido profundo, permitiendo que fluya en ambas direcciones el río que lleva consigo la interioridad.

Y es precisamente en este afloramiento, entendido como *Kairós*, que Foucault (2002) define como “la coyuntura particular de un acontecimiento” (p. 95) donde se construye el sentido y significado del relato, en este momento oportuno, los eventos se entrelazan de manera única, permitiendo que el narrador dé forma a su historia a través de una trama que sintetiza lo diverso, constituyendo así un medio para comprender su pasado y su propia historicidad. Esto le permite proyectarse hacia “una determinada posibilidad del estar-en-el-mundo, es decir, existir como tal posibilidad” (Heidegger, 1997, p. 403). Esta noción de historicidad no sólo trata de entender el pasado, sino también de abrirse a las posibilidades futuras, configurando así una existencia auténtica en el mundo.

A diferencia de lo que plantea Bourdieu (2011), la investigación narrativa no se corresponde con una creación artificial de sentido, sino con una concurrencia del sentido general de la investigación con el sentido que tiene el relato para el narrador. No son las estructuras sociales y el *habitus*, como señala Bourdieu (2011, 2002), las que determinan el sentido, sino algo que se construye a través de unas condiciones de posibilidad que se escapan a todo intento por prever y determinarlo. Hablamos de un sentido como acontecimiento, que emerge en el cruce de series y de interacciones que producen nuevos significados.

El acontecimiento no es simplemente lo que sucede, sino aquello que nos interpela a ser dignos de lo que nos ocurre (Deleuze, 1989). Hacerse hijo de sus propios acontecimientos es abrirse a lo que debe ser comprendido, lo que debe ser querido y lo que debe ser representado. Esta cualidad del acontecimiento como momento de quiebre de lo habitual del sujeto, emergencia de lo singular e impredecible “que rompe el instante y dispersan al sujeto en una pluralidad de posibles posiciones y funciones” (Foucault, 2022, p. 58), le confieren su trascendencia y, por lo tanto, precisa la necesidad de desplegarlo y darle lugar en la investigación.

Los desafíos que plantea el estructuralismo al enfoque biográfico-narrativo no pueden ser atendidos como un abandono del interés por la comprensión de seres humanos afectados por una temporalidad, que se contradicen, cambian y principalmente habitan el mundo, sino como una invitación a profundizar en la relación de los seres humanos con estas estructuras y determinaciones sociales. Frente a su interés por instaurar un relato totalizante, la hermenéutica-narrativa abraza la singularidad de la vida concreta expresada en el acontecimiento; este constituye la conexión entre ese mundo privado y colectivo. Como nos recuerda Deleuze (1989):

No hay acontecimientos privados, y otros colectivos; como tampoco existe lo individual y lo universal, particularidades y generalidades. Todo es singular, y por ello colectivo y privado a la vez, particular y general, ni individual ni universal. ¿Qué guerra no es un asunto privado? e inversamente, ¿Qué herida no es de guerra, y venida de la sociedad entera? (p. 160)

El acontecimiento tiene la capacidad de entrelazar lo privado y lo colectivo. Su singularidad le permite servir de puente entre lo individual y lo social, tejiendo una relación en la que los sujetos y las sociedades alcanzan una comprensión de fenómenos complejos, que trasciende las nociones categoriales y clasificadorias. Esta guerra de la que hablamos, este conflicto al que nos acercamos, esta tragedia que queremos comprender resuena en el mundo como una tragedia que se repite, que es singular y, al mismo tiempo, universal.

Aproximación hermenéutico-narrativa: La Sierra, una elegía urbana²

Como se anuncia en el apartado introductorio, la investigación se inscribe en el paradigma de investigación hermenéutico-narrativo, por lo tanto, este proyecto investigativo concibe el apartado narrativo como el eje central del proceso y del problema a estudiar. En este sentido, asume la narrativa como un elemento esencial para, como se anuncia en el título, *comprender* el *ethos* de esta comunidad.

Las investigaciones de corte narrativo responden a una lógica distinta de los modelos clásicos de investigación de las ciencias sociales y humanas, pues acuden a la *analéctica* como elemento clave en la comprensión de un problema; como su nombre lo indica, es la vía analógica la que permite la conjunción de experiencias en una experiencia particular e individual para, a través de ella, poner de manifiesto una realidad que no ha sido contada ni explorada por los números, datos y cifras de las investigaciones convencionales. Este modelo investigativo propende por la profundización en la experiencia humana y con ella la de otras experiencias que se suman a la voz del docente investigador y parte de la comunidad, dándole así un acento polifónico y autobiográfico.

El acento autobiográfico es importante en la medida que cumple el papel de eje integrador de la trama narrativa, lo cual sirve para darle un hilo conductor y cohesivo al problema que se espera investigar. Esta narrativa da cuenta de mi historia personal antes, durante y después del conflicto que vivió la comunidad de La Sierra, como maestro, miembro de la comunidad y víctima del conflicto armado, abriendo también la necesidad que tiene la comunidad de escribir su historia y construir su identidad. Para ello tomo como punto de partida mi rol como docente del área de ética y valores de la Institución Educativa La Sierra, haciendo énfasis en los propósitos legales y las expectativas sociales que se le atribuyen a esta área; pero también a las posibilidades que abren los estudios antropológicos sobre el ethos, tomando este concepto como categoría central del análisis, bien como subsidiaria de la ética y sus campos de estudio, bien como categoría que se nutre de la sociología y la lingüística.

En este orden de ideas, la propuesta investigativa reconoce la narración titulada *La Sierra, una elegía urbana*, como el instrumento más idóneo para darle lugar al acontecimiento como categoría metodológica de investigación social (Gómez, 2016); es la narración la que permite poner en escena la vida de un individuo, en nuestro caso un docente, que se transforma y le encuentra sentido a su labor a partir de la experiencia vivida en su primera clase en compañía de sus estudiantes, quienes al mismo tiempo eran los sobrinos de Javier, su amigo de infancia, y los hijos de otros amigos que fueron víctimas y victimarios en el conflicto que asoló esta comunidad. Este acontecimiento reclama una trama que, unida a los diferentes elementos narrativos, le da forma y pone de manifiesto sus condiciones de posibilidad. La extensión y el grado de detalle de la trama en la investigación responden a una lógica intrínseca del relato, faltar a ella conduce a obliterar aspectos claves para una comprensión global del asunto que se está tratando de comprender. Por lo tanto, es necesario aludir a los lugares con sus múltiples formas y contextos que le dan vida y recrean las condiciones sociales, económicas y culturales en que se desarrollará la investigación, y el cuerpo que, como afirma Paul Ricoeur (2006), es a la vez un hecho del mundo, el organismo de un sujeto que no pertenece a los objetos de los que habla. Esto

²La Sierra, una elegía urbana, es una narración de mi autoría, contenida en la investigación *Memoria y enseñanza de la ética: Una comprensión del ethos de la comunidad de la I.E. La Sierra*. Esta narración se puede consultar en el siguiente enlace: https://drive.google.com/file/d/1ewIKfOOz_LttGFyJX0qJ5Mzm9_kqp4ai/view?usp=sharing

implica que traer la experiencia del sujeto en su voz particular brinda una perspectiva que no es solo ella en sí misma, sino la voz de otras voces que coinciden se pliega y se elevan hasta convertirse en una voz colectiva.

Por otra parte, la narrativa, tal como se concibe en la propuesta investigativa, tiene la intención de proponer una discusión en torno a eso que Elizabeth Jelin (2002) llama “disputas sociales acerca de la memoria” (p. 17), pues plantea la necesidad de abordar la memoria desde otro ángulo del conflicto, no ya desde lo que plantea el documental *La Sierra* de Martínez y Dalton (2005), pues con base en él se han construido los imaginarios de la ciudad y del país sobre esta comunidad, y dar una mirada más profunda, sin el afán amarillista ni taquillero que tiene la tragedia de otros. Es así como la narrativa *La Sierra una elegía urbana*, comienza a generar las pistas de la trama:

Ayer soñé con Juan. Lo vi jugando fútbol, meleando, así decíamos nosotros cuando se llevaba la pelota con maestría y lograba superar a todos sus rivales. Lo vi cuando aún era niño y lo vi siendo un adulto. Lo vi cuando aún tenía la inocencia de no haber empuñado un arma ni haberse visto en los ojos de sus víctimas antes de dispararles. (Osorio, 2022, p. 8).

Aquí se le da una cara y un rostro a la persona, en este caso al niño, pero también a las condiciones sociales, económicas y culturales en las que tuvo que crecer, y a cómo se comienza a tejer un designio en torno a él. Desde el comienzo *la suerte está echada*, ya se sabe lo que le espera; sin embargo, no se ha dicho cómo pasó, cuáles fueron las causas y azares que le fueron dando forma a su vida y a su muerte. El individuo aparece con sus características físicas y psíquicas, un joven risueño que juega a la pelota y que, a lo mejor bajo otro cielo y otras condiciones, hubiese podido tener otro futuro. Al mismo tiempo, hay una conversación entre el presente, el pasado y el futuro, un atisbo de esperanza tal vez se asoma en la historia, a lo mejor la vida puede dar segundas oportunidades, no en el cuerpo propio, sino en las generaciones futuras. El barrio, contexto donde se lleva a cabo la investigación, aparece como un lugar de geografía portentosa, con sus calles empinadas y vistas majestuosas que les proporcionan a las personas del barrio una forma particular de relacionarse con el territorio y la ciudad:

Al colegio Maestro La Sierra se llega por la carretera principal, pero antes se debe atravesar otros pequeños barrios; Guayaquilito, La Ramada, Los Monos, Villa Turbay y por último en lo alto del barrio está la sede principal. Allí, con una vista privilegiada de la ciudad está el colegio, con 33 mil metros cuadrados donde se puede disfrutar de un ambiente campestre. Mientras iba subiendo, cada casa, cada rincón del barrio me traía recuerdos de la infancia. (Osorio, 2022, p. 14)

Al tiempo hay una referencia a los lugares donde acontece la vida, el barrio, esa conjunción de espacio y memoria colectiva que “tiene un significado inteligible solamente a los miembros del grupo, puesto que cada porción de su espacio corresponde a varios y diferentes aspectos de la estructura y la vida de su sociedad” (Halbwachs, 1990, p. 14). Por ello, más que un grupo de casas amontonadas es el lugar donde el sujeto adquiere las coordenadas éticas y morales, donde se expande y se manifiesta, al tiempo que deja su huella. Esta fijación del entorno es vital para la comprensión del ethos, pues a través de su paisaje se acentúa el carácter y la formación de las distintas identidades.

Por otra parte, el contexto histórico da cuenta de una memoria colectiva que atraviesa las vidas de todos los que han compartido las luchas por prevalecer en estas lomas:

Era la década de los 90's, La Sierra la componían casi 500 familias y para entonces nuestra historia en la ciudad de Medellín y el país era desconocida. Javier nació en el seno de una de tantas familias del barrio, con la pobreza y el desarraigo característico de todos los que llegaron a poblar las colinas de la ciudad [...] Los años habían pasado, la época de la violencia más cruda había terminado y un aire nuevo se podía respirar en las calles del barrio; aun así, es importante mencionar que, si bien la guerra sin cuartel que asoló el barrio desde la década de los 80's hasta finales de la primera década del XXI no se ha repetido en el barrio, muchas de las estructuras

continúan ejerciendo control en el territorio [...]. (Osorio, 2022, pp. 8-14)

La narrativa conjuga el presente con el pasado haciendo un contraste de las circunstancias sociales que se viven y vivieron en el barrio. Al tiempo, da el contexto social que ha tenido que vivir la comunidad permitiéndole al lector tener información valiosa para comprender la necesidad de la construcción de una memoria colectiva en función de aportar a la verdad y reparación de esta comunidad. El ethos se posiciona como eje central de la propuesta de comprensión hermenéutica, por lo tanto, este se reconoce:

[...] como una característica cultural dominante de un grupo social, que se construye con las experiencias, costumbres y hábitos a los que se han visto enfrentado los sujetos y que incorporan y convierten en coordenadas de su actuar, proyectando la cosmovisión social, estética y moral del sujeto. Se comprende aquí el carácter no como inamovible e inalterable, sino como segunda naturaleza susceptible de ser transformada y modificada a través de los hábitos y la educación. (Osorio, 2022, p. 27)

La forma como la narrativa da cuenta de este ethos que, si bien apenas se comienza a insinuar, muestra los antecedentes históricos del barrio, la forma como la comunidad lida con la violencia, las pérdidas y las carencias sociales, la forma como los sujetos interiorizan estos elementos y los convierten en coordenadas de su acción moral: “Las guerras iban y venían, dejaban algunos muertos, y esos que en el pasado eran enemigos, pasaban a convertirse en redentores del barrio, defensores nuestros, héroes que caminaban las calles a plena luz del día con un fusil al hombro” (Osorio, 2022, p. 9).

La condición de víctima y victimario, también reseñada por Veena Das (2008), provee un nuevo enfoque, pues no solo cumplen con esta doble condición, sino que además asumen la posición de salvadores y héroes de la comunidad. Esta normalización de la guerra y la naturalización de condiciones adversas para el sujeto que debe continuar su vida a pesar de estas circunstancias es una característica relevante para la comprensión del ethos de la comunidad. Algo que podría identificarse como un *ethos anfibio*, que da cuenta de la necesidad que tiene el sujeto de adaptarse al tránsito entre la legalidad y la ilegalidad; ambas condiciones plantean una escisión moral, pues por una parte este debe dar cuenta de su actuar a las instituciones y principios legales, y por otra, negociar estos principios para poder vivir en su contexto. Este *nominalismo colombiano*, como lo llama Rubén Jaramillo (1992), puede considerarse parte de la génesis de una idea ampliamente compartida en nuestra sociedad, pues si bien existen normas e instituciones, “el ciudadano tiene la percepción de estar exento de cumplirlas bien por la incapacidad del Estado de hacerlas cumplir bien por la desconfianza en la institucionalidad y la legalidad” (De Zubiría, 1998, p. 52).

Al mismo tiempo, comienza a dar indicios de las maneras como la comunidad desarrolla estrategias que le permiten resistir la guerra desde las trincheras que se construyen en la interacción social y los lazos solidarios. Esta experiencia hizo que, de algún modo la muerte de cada joven en el barrio fuera para ella tan propia como la suya [mi madre]. Por eso siempre iba a las casas de las familias donde la muerte solía turnarse para visitar, a dar una voz de aliento y ofrecerse para rezar la novena. Ella misma desconoce la cifra de las personas que acompañó con su pequeño novenario deshojado. Estos lamentos por las almas benditas, como dice ella, le iban dando consuelo a toda una comunidad golpeada por la guerra (Osorio, 2022).

La forma como la comunidad ha lidiado con los traumas de la guerra da cuenta de una soledad en el dolor, un ejercicio de curación que ha provenido de sus propios y precarios medios. El acontecimiento de la muerte convoca a la comunidad a la reunión a través de las novenas, allí el encuentro de parientes y de amigos cercanos de la familia da lugar a una catarsis colectiva. Estas novenas es común hacerlas en la casa del fallecido, por lo tanto, su hogar se convierte en un sitio de peregrinación donde se visita a la familia que atraviesa el luto, se renuevan lazos de amistad y solidaridad, se comparten las anécdotas que se tenían del difunto y con un café o una aromática la comunidad comienza a hablar de lo que “no se debe hablar”.

Era común que las madres que hacía poco tiempo habían pasado por la misma situación le dieran fortaleza

a las que apenas iniciaban su calvario. Los procesos de duelo en el interior de las familias son cruciales para determinar la forma como cada una podrá superar este acontecimiento, por ello la importancia del apoyo económico, espiritual y emocional a las familias por parte de la comunidad. Si bien este apoyo hace parte de un repertorio más amplio que tuvieron las familias víctimas del conflicto del barrio para dar un soporte moral, también es cierto que en un número muy alto de casos tal apoyo no era suficiente y el asesinato de un miembro terminaba por convertirse en el detonante para la desintegración familiar debido a las condiciones de pobreza que antecedían al conflicto.

El tránsito permanente en la narrativa de una primera a tercera persona abre un espacio importante y necesario para el tipo de investigación que se pretende realizar. Como se expuso en un principio, la investigación no es propiamente un ejercicio autobiográfico pero sí permite que, a través de la voz del docente, del habitante del barrio y de la víctima del conflicto recogidas en la voz del investigador, se testimonie un fragmento de la experiencia del mundo, “ese punto privilegiado y singular de perspectiva” (Ricoeur, 2006, p. 31), y que esto se convierta en un acto de memoria colectiva, a través de la voz del narrador que da vida a unas voces olvidadas, ensimismadas y excluidas de la historia del conflicto que vivió el país. Aquí es donde cobra mayor relevancia el ejercicio investigativo, pues su acento está en la enunciación de un acontecimiento que atraviesa la vida del narrador que representa la conjunción de tres voces que están en un salón de clases con las vidas de sus estudiantes dando pie para que emerja una experiencia profunda y vital, de donde surgen las preguntas y las razones para adentrarse en laberintos que le permitan comprender cómo sucedió aquello en su comunidad y para qué estaba él ahí y qué podía cambiar sus historias.

Por años las lágrimas por mis familiares y amigos muertos se habían ocultado en un lugar que no podía alcanzar, la necesidad de sobrevivir, de huir, de ver cómo resolvía los problemas que me había dejado la vida no me habían dado el tiempo ni la intimidad suficiente para encontrarme con mi propio dolor. Pero allí, en medio de mi primera clase, abrí mi corazón y les mostré sin pudor el dolor que llevaba adentro. Les hablé de Javier, de Juan y de Henry, les hablé de nuestra niñez en el barrio, les conté que en el mismo lugar donde había sido construido el colegio solíamos jugar a ser indios y exploradores cuando era un solar abandonado, que nos gustaba a construir casas en los árboles y hacer caminatas hasta la quebrada donde pasábamos tardes enteras. Muchos comenzaron a preguntar si también conocía a su papá o a su mamá, y, en efecto, conocía a la mayoría de sus familias. Cuando me decían que eran hijos de Tatiana, de Kelly, de Diana o de Wilmer o de muchos otros, siempre les preguntaba que había sido de la vida de ellos, en muchos casos y principalmente con los hombres, me decían que habían muerto en la época de la violencia o estaban también presos (Osorio, 2022).

Así pues, entendemos la enunciación de un acontecimiento como un método de investigación de la experiencia humana, que reivindica la singularidad y la particularidad de esa misma experiencia, que no pretende establecer unas ideas generales y fundamentos teóricos que se puedan repetir en otros cielos, sino contemplar la posibilidad de ampliar la comprensión de un fenómeno tan trágico y devastador como la violencia en una comunidad olvidada de las colinas de Medellín desde la voz de sus mismos protagonistas, personas de carne y hueso que sobrevivieron al conflicto. Estas narrativas que se pretenden escribir con la comunidad no tienen la intención de sintetizar, cuantificar, medir o calcular un dolor que aún pervive, en cambio sí pretenden dar elementos para comprender qué pasó, cómo pudo una comunidad de vecinos llegar a convertirse en la *pesadilla sociológica* de la que hablaron los medios y comenzar a dar puntadas para que algo como esto no se repita.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación se ha destacado la importancia de concebir el método hermenéutico-narrativo como una metáfora de la vida. Este enfoque nos permite entenderla en su naturaleza cíclica, marcada por transformaciones y rupturas que, con el tiempo, se solidifican y requieren nuevamente ser interpretadas.

Por lo tanto, estas “conclusiones” no deben verse como puntos de llegada, sino como puntos de partida desde los cuales emergen nuevas preguntas que enriquecen la conversación interminable que propone el camino hermenéutico. En lugar de conclusiones cerradas, planteamos líneas de sentido que invitan a continuar la reflexión.

En primer lugar, es importante reconocer el papel que desempeña la enseñanza de la ética en las comunidades afectadas por el conflicto. En este contexto, su rol es clave en los procesos de resignificación del pasado, así como en la movilización de acciones terapéuticas que contribuyen a sanar las cicatrices de la guerra. Por lo tanto, es crucial profundizar en la comprensión del ethos comunitario, ya que esto ofrece indicios valiosos para desarrollar rutas pedagógicas que permitan transformar los repertorios morales construidos alrededor de la guerra.

Por otra parte, es necesario destacar la capacidad de la narración para poner en tensión y diálogo la realidad y la singularidad de los sujetos a través de las tramas y los acontecimientos. Esto abre la posibilidad de reflexionar sobre la propia experiencia ética y de explorar nuevas formas de actuar frente a los condicionamientos que imponen los contextos. Al permitir que los sujetos construyan su propia narración, se facilita también la construcción de su identidad, lo que los lleva a cuestionar cómo esta se articula con la identidad colectiva. De este modo, la narración se convierte en una estrategia valiosa para comprender fenómenos complejos como la guerra y su impacto en el actuar moral de los sujetos.

Adicionalmente, es evidente el papel prospectivo que tiene la ética en los procesos de recuperación de memoria. Esta no solo pretende resignificar las experiencias traumáticas, sino también proyectarse como medio para la transformación social y moral de los sujetos. Como se ha mencionado, no solo somos hijos de nuestro ethos, sino también padres, y esto implica la capacidad de agenciamiento que tienen los sujetos y las comunidades para modificar las estructuras morales sobre las que se han construido sus sueños.

Finalmente, como se ha evidenciado en la investigación, las iniciativas comunitarias, muchas veces silenciosas y apenas perceptibles, han sido el recurso más valioso de las comunidades para enfrentar la tragedia de la guerra. Es en ellas donde se debe prestar atención, fortalecerlas y promoverlas, pues son estas las que sostienen a las comunidades cuando sobrevienen tiempos difíciles.

Referencias

- Barboni, R., & Valli, G. (2017). La riqualificazione della città di medellín e l'impiego della pianificazione urbanistica nella prevenzione della criminalità urbana. *Cultura Giuridica e Diritto Vivente*, 4(1), 1–34.
- Bárcena, F., & Mèlich, J. (2000). *La educación como acontecimiento ético: Natalidad, narración y hospitalidad*. Paidós.
- Blánquez, A. (2012). *Diccionario latino-español*. Gredos.
- Botero. (1994). *Cien años de la vida de medellín. 1890-1990*. Fernando Salazar Cardona.
- Bourdieu, P. (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, 1(56), 121–128. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.29460>
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias, derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Castillejo, A. (2015). *La imaginación social del porvenir: Reflexiones sobre colombia y el prospecto de una comisión de la verdad*. CLACSO.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana* (1st ed.). Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Connelly, M., & Clandinin, J. (1995). Relatos de experiencia e investigación narrativa. In J. Larrosa, C. Skliar, & F. Mèlich (Eds.), *Déjame que te cuente: Ensayos sobre narrativa y educación* (pp. 11–60). Laertes.
- Dalton, S., & Martínez, M. (2004). *La sierra* [Video recording]. Andrew Blackwell. <https://www.youtube.com/watch?v=j2qWvrWKTAQ>

- Das, V. (1996). Language and body: Transactions in the construction of pain. In C. Caruth (Ed.), *Trauma: Explorations in memory* (pp. 67–92). University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520353695-006>
- De Zubiría, S. (1998). Filosofía de nuestro ethos cultural. *Revista de Estudios Sociales*, 1, 50–55.
- Deleuze, G. (1989). *Lógica de sentido*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Erikson, K. (1995). Notes on trauma and community. In C. Caruth (Ed.), *Trauma: Explorations in memory* (pp. 183–199). The Johns Hopkins University Press.
- Foucault, M. (1977). *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Ediciones Paidós.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2022). *Microfísica del poder* (H. Pons, Trans.; 2nd ed.). Siglo XXI Editores.
- Gadamer, H. (1999). *Verdad y método i* (A. Agut & R. de Agapito, Trans.). Sígueme.
- Gómez Esteban, J. (2016). El acontecimiento como categoría metodológica de investigación social. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(1), 133–144. <http://www.scielo.org.co/pdf/rlics/v14n1/v14n1a09.pdf>
- González Valenzuela, J. (1996). *El ethos, destino del hombre*. Fondo de Cultura Económica.
- Halbwachs, M. (1990). Espacio y memoria colectiva. *Estudios Sobre Las Culturas Contemporáneas*, 3(9), 11–40.
- Hall, S. (1995). Negotiating caribbean identities. In G. Castle (Ed.), *Postcolonial discourse. An anthology* (pp. 281–292). Blackwell.
- Heidegger, M. (1997). *Ser y tiempo* (J. E. Rivera, Trans.). Editorial Universitaria de Antioquia.
- Homik, B. (2002). *El lugar de la cultura*. Manantial.
- Jaramillo, R. (1992). Tolerancia e ilustración. *Revista Argumentos*, 28-29, 225–240.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Mesa, N., Londoño, D., Insuasty, A., Sánchez, D., Borja, E., Valencia, J., & Pino, Y. (2018). *Víctimas del desarrollo en medellín: Progreso y moradores en disputa*. Kavilando.
- Naranjo, G., & Villa, M. (1997). *Entre luces y sombras: Medellín, espacio y política urbanas*. Corporación Región.
- Nietzsche, F. (2003). *La gaya ciencia* (J. Sánchez Pascual, Trans.). Alianza Editorial.
- Osorio, J. (2022). *La sierra, una elegía urbana*. https://drive.google.com/file/d/1ewIKfOOz_LttGFyJX0qJ5Mzm9_kqp4ai/view?usp=sharing
- Peshkin, A. (1985). Virtuous subjectivity: In the participant-observer's i's. In D. Berg & K. Smith (Eds.), *Exploring clinical methods for social research* (pp. xx–xx). Sage.
- Pontalis, J. L. B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Ricoeur, P. (1980). *La metáfora viva*. Ediciones Cristiandad S.L.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Arrecife.
- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189–207.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.
- Uribe de Hincapié, M. T. (2002). La investigación social en tiempos de guerra. *Utopía Siglo XXI*, 2(8), 13–22.